

FILOSOFÍA Y GRAMÁTICA: UNA POLEMICA «IDEOLOGICA» EN EL SIGLO XIX

I. INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX y, en especial, en el período que discurre entre los años 1830 y 1880, el número de publicaciones lingüísticas es elevado en España¹. Por su abundancia, diversidad y, sobre todo,

¹ Mourelle de Lema distingue cuatro líneas fundamentales de investigación, que siguen métodos distintos y están orientadas hacia objetivos diferentes. Nacen, respectivamente, a partir de los siguientes hechos: el aumento sensible de la preocupación por la historia de la lengua; el comienzo de los estudios dialectales; los primeros influjos de la lingüística histórico-comparada y la introducción de la gramática filosófica y lógica (*La Teoría Lingüística en la España del siglo XIX*, Madrid, Ed. Prensa Española, 1968. Véase también del mismo autor *Historia y principios fundamentales de la Lingüística*, Madrid, Ed. Prensa Española, 1977, págs. 64-70). Por su parte, Alcina y Blecua apuntan como nota característica de los estudios lingüísticos en España durante el siglo XIX el prestigio creciente de Condillac —cuyas ideas nos llegan a través de las obras de Destutt-Tracy— y, como gramática más importante, los *Principios de Gramática General* de Gómez Hermosilla, publicada en 1835, si bien se venía utilizando como texto escolar desde 1825, que tanta influencia habría de tener sobre las gramáticas de Salvá y de Bello («Los estudios lingüísticos y gramaticales hispánicos en el siglo XIX», en *Gramática Española*, Barcelona, Ed. Ariel, 1975, págs. 84-89). Finalmente, Marcos Marín hace referencia a tres núcleos ideológicos en el siglo XIX: un primer período de continuidad de los problemas lingüísticos planteados en el siglo anterior; la influencia de Condillac, visible en las gramáticas de Gómez Hermosilla, Salvá y Bello y, en las últimas décadas del siglo, la gramática histórica y comparada, de procedencia alemana, que se prolonga hasta los primeros años del siglo XX, en las obras de Milá y Fontanals, Conde de La Viñaza, Alemany y los sanscritistas («Desde el pensamiento racionalista. — La lingüística española en el siglo XIX», en *Lingüística y Lengua Española. Introducción, historia y métodos*, Madrid, Ed. Cincel, 1975, págs. 168-184).

por sus implicaciones filosóficas e ideológicas, merecen especial atención las gramáticas lógicas, generales y razonadas que aparecieron durante estos cincuenta años.

La especulación griega —en concreto, los principios aristotélicos, al identificar pensamiento y lenguaje, concepto y palabra— lleva a la consecuencia práctica de que una determinada concepción filosófica implica, necesariamente, una formulación gramatical peculiar. La doctrina griega, que ha perdurado a lo largo de toda la historia de la filosofía, atravesando la Edad Media² hasta empalmar con el racionalismo moderno, se bifurca en dos sentidos divergentes: el primero, espiritualista, parte de Platón y lo siguen San Agustín, Descartes, Leibniz, Malebranche, etc.; el segundo se inicia con Aristóteles y lo siguen Santo Tomás, Hobbes, Locke, Hume, Condillac, etc.

Para Descartes, por ejemplo, suprimido el acto consciente, desaparece el yo:

Intelexi me esse rem quamdam sive substantiam, cuius tota natura sive essentia in eo tantum consistit ut cogitem³.

Condillac es mucho más explícito:

L'art de parler, l'art d'écrire, l'art de raisonner et l'art de penser ne sont, dans le fond, qu'un seul et meme art...⁴.

² Como ejemplo representativo debemos citar la *Gramática especulativa* de Tomás Erfurt, que responde con bastante fidelidad a las tendencias filosóficas de su época y en concreto al nominalismo. Las circunstancias históricas favorecen la simpatía de Tomás Erfurt por este movimiento y le facilitaron un adecuado conocimiento de él. En 1322, Guillermo Occam se rebelaba contra el Pontífice Juan XXII, después de haber sido condenado como hereje, y buscó la protección de Luis de Baviera. Desde Munich, ejerció notable influencia en la escolástica alemana. Debemos tener en cuenta que uno de los principales códices de la *Gramática Especulativa* se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Munich. A pesar de los pocos datos conocidos sobre la vida de Tomás de Erfurt, el hecho seguro es que escribió su *Gramática* en pleno auge del nominalismo.

Entre las diversas valoraciones críticas sobre el nominalismo, una de las más acertadas, tanto desde una perspectiva histórica como doctrinal, es la de Étienne Gilson en *La Filosofía de la Edad Media*, versión castellana, Buenos Aires, 1940, cap. XI.

De la *Gramática Especulativa* existe una traducción española en la Editorial Losada, Buenos Aires, S. A., 1947, efectuada —igual que el acertado estudio preliminar— por Luis Farré.

³ *De Método*. VI.

⁴ Condillac, *Cours d'étude pour l'instruction du Prince de Parme*, Ginebra, Villard, 1780, I, pág. XIX.

Pero centremos nuestra atención en España y podremos advertir cómo se produce una corriente que pretende sentar las bases del sistema educativo nacional sobre el sensualismo de Condillac. El empirismo psicológico con las derivaciones materialistas de Cabanis y de Destutt de Tracy se habían difundido con rapidez y eficacia. Focos en esta dirección encontramos en Salamanca, Córdoba y Sevilla. Las ideas pedagógicas de Jovellanos y del grupo reformista de la escuela salmantina nos ofrecen pruebas elocuentes de dicha actitud.

Frente al sensualismo se descubre en el ambiente pedagógico la influencia del espiritualismo ecléctico de Victor Cousin⁵, que tiene su momento de penetración, especialmente, a partir de 1834, en las Universidades e, incluso, en el Parlamento. En medio de estas dos posturas se sitúa el sensualismo mitigado o sentimentalismo que, inicialmente defendido por Laromiguière⁶, tuvo su principal foco de difusión, según Menéndez Pelayo, en el Colegio de San Felipe Neri

⁵ Según Cousin, la observación directa de la realidad, tal como es dada a la conciencia, permite advertir el origen de los datos que el análisis de Condillac había descompuesto artificialmente en sensaciones, y permite, al propio tiempo, que sean aceptadas como primitivas las facultades activas del espíritu y las mismas condiciones de la posibilidad del conocimiento universal de las cosas. Dicha razón de origen equivale a reconocer como verdaderos los principios negados o dejados en suspenso por el análisis escéptico y a afirmar las entidades que, como la substancia y la causalidad, y en cuanto soporte de ellas, Dios, son disueltas o relegadas a lo inconcebible por la crítica. La filosofía de Cousin, que coincidió con la situación política conciliadora de su época, ha sido casi siempre combatida como superficial. Se extendió rápidamente por algunos países, sobre todo en España, Italia y en algunos países hispano-americanos.

⁶ Pierre Laromiguière (1756-1837) ejerció gran influencia en el movimiento que, partiendo de los temas planteados por el sensualismo de Condillac, aspiraba a una superación del mismo por medio de la acentuación del carácter propio e irreductible de la actividad de la conciencia. El concepto de fuerza y de actividad propia resulta, pues, central en el pensamiento de Laromiguière, quien, a la inversa de Condillac, no deduce las operaciones espirituales de la sensación, sino todas las operaciones de la llamada «primera facultad», es decir, de la atención o concentración de la actividad del alma sobre el objeto. La atención «engendra», por lo tanto, según Laromiguière, las diversas operaciones, incluyendo la del razonamiento y la operación fundamental de la comparación. De este modo, Laromiguière defiende una concepción espiritualista, pero la relación con los temas y aun con algunas soluciones de Condillac se manifiesta todavía en su consideración del lenguaje y del cálculo. En estos terrenos se desenvuelve forzosamente toda ciencia: el «arte de hablar» y la «lengua bien hecha» son, a su entender, indispensables para una consideración científica de la realidad.

de Cádiz⁷. Y es precisamente este Centro el que nos va a servir de escenario en el que localizar las diferentes concepciones que adquieren cuerpo al chocar en una polémica de resonancia científica y social considerable.

El año 1844 salió de la Imprenta de la Sociedad de la Revista Médica un *Compendio de las lecciones de filosofía que se enseñan en el Colegio de Humanidades de San Felipe Neri de Cádiz*. El tomo tercero se titula *Gramática General* y es una respuesta, a veces vehementemente, a los *Principios de Gramática General* de Gómez Hermosilla y una reacción al empirismo y, sobre todo, al sensualismo de Condillac y de su discípulo Destutt de Tracy⁸. El autor de esta obra es José Arbolí, futuro obispo de Cádiz, profundamente preocupado por la influencia que pudiera tener en los alumnos el regente del centro y redactor del «Plan de Estudios», Alberto Lista, seguidor, como es sabido, del sensualismo mitigado o sentimentalismo defendido por Laromiguière. Como anécdota ilustrativa de la solicitud «pastoral» de Arbolí pueden servir las siguientes palabras publicadas en 1897:

¿Y qué decir de su *Gramática General*, monumento literario que bastaría por sí solo para crear la fama de un sabio de primer orden? Difícilmente podrá excojitarse cosa más acabada ni leyes más nuevas, dentro de la lógica y de la observación. En sus páginas de oro purísimo

⁷ Menéndez Pelayo, M., *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Madrid, C. S. I. C., 1948, págs. 116-117.

⁸ La *Gramática General* de Arbolí se sitúa en una zona muy próxima a la doctrina espiritualista capitaneada por el Vizconde de Bonald. Juan Pérez Villamil la dio a conocer con la Traducción del *Ensayo analítico de las leyes naturales del orden social* (1823). Esta obra se publica como «preservativo eficaz contra las doctrinas antisociales y desorganizadoras de la anarquía». Ferrer, en el prólogo a la Traducción de las *Observaciones religiosas, morales, sociales y políticas, históricas y literarias*, entresacadas de las obras del Vizconde de Bonald, dice: «Su filosofía es espiritualista, pero no de ese espiritualismo místico sin claridad, envuelto entre sombras y misteriosas dudas, y en el que se evapora el genio alemán. Tampoco es ese sentimiento medio poético y medio filosófico, que flota entre el escepticismo y la creencia (...). Su espiritualismo es católico sin dejar de ser racional, fijo como la autoridad en que se apoya, claro como la verdad de que emana, lleno de convicción y de luz».

«Ideólogo y metafísico —dice Ferrer—, Bonald descende en sus obras al examen de los puntos más difíciles de la ciencia. Defensor de las ideas innatas, discípulo de Platón, de San Agustín, de Descartes, Leibniz y Malebranche, combate con fuerza de talento que pasma a la escuela contraria, en la que se ven figurar los nombres de Aristóteles, Locke y Condillac». Citado en Mourelle de Lema, *op. cit.*, págs. 59-60.

y riquísimas perlas, asegura un sabio admirador del señor Arbolí, que venció y acorraló a Hermosilla. Y tenía razón.

Y allá va un detalle curioso que acaso ignoren muchos hasta ahora. Era Lista algo afecto á Condillac. El Sr. Arbolí, que tuvo talento suficiente para conocer los defectos de aquella filosofía, entonces de moda, evitó el peligro, y, no obstante la dirección que a los estudios del Colegio de San Felipe imprimía el ilustre sevillano, supo el futuro obispo salvar los naturales escollos, escribiendo, en apuntes, las lecciones que explicaba a sus alumnos; y, al verificarse los exámenes públicos (á los que asistían las autoridades, los literatos, y los padres de familia, en el patio del mismo colegio) quedóse admirado Lista, al escuchar á los jóvenes filósofos, y reconociendo su error «condillalesco», rogó y suplicó con vivas instancias á su sabio amigo, el nuevo profesor Sr. Arbolí, que diese a la estampa aquellas admirables lecciones, dignas de figurar entre lo más galano, hermoso y castizo que ha brotado del genio español. A esto se debió, pues, la publicación de sus *Lecciones de Filosofía*⁹.

En este trabajo, vamos a reducir nuestro análisis crítico y comparativo a varios puntos nucleares de la polémica entre Arbolí y Gómez Hermosilla. También referiremos las opiniones de Alberto Lista sobre algunos de los problemas seleccionados. Nos proponemos como objetivo mostrar la influencia determinante de la filosofía en las teorías gramaticales. En concreto, vamos a tratar sobre las concepciones de

- El lenguaje.
- La gramática.
- El verbo.

II. EL LENGUAJE

1. Definición.

Arbolí emplea el término lenguaje para designar el medio oral de expresión del pensamiento. En él distingue tres niveles que corresponden a realidades sustancialmente distintas y a las que la lingüística moderna ha dado nombres diferentes:

- a) facultad peculiar y definidora del hombre;
- b) sistema de voces articuladas, característico de cada una de las comunidades lingüísticas;

⁹ León y Domínguez, J. M., *Recuerdos Gaditanos*, Cádiz, Imp. Cabello y Lozón, 1897.

- c) hábitos o «modo particular de expresarse, propio de cada hombre cuando habla ó escribe, lo cual se llama también estilo»¹⁰.

Cada uno de estos niveles constituye el objeto propio de disciplinas diferentes. La Psicología estudia el lenguaje, facultad humana; la Retórica, el estilo individual y la Gramática presta su atención a la acepción segunda, «a la colección ó conjunto de voces articuladas para significar pensamientos». La Gramática General se limita a los principios y leyes racionales que sirven de base común a todas las lenguas.

Gómez Hermosilla formula una definición extremadamente genérica y simple:

Entendiéndose por lenguaje hablado el que expresa las ideas por medio de palabras¹¹.

¹⁰ *Gramática General*, pág. 8. En las citas siguientes de esta obra utilizaremos solamente las iniciales del título G. G. La lingüística estructural se apoya precisamente en la distinción de estos conceptos y, de una manera más concreta, en la célebre dicotomía saussureana de *langue* y *parole*. Así lo expresa un seguidor de Saussure, el danés Hjelmslev. La doctrina de Saussure, dice:

«Reducida a su esencia, es la distinción realizada entre 'lengua' y 'habla'. El conjunto de la teoría se reduce lógicamente a esta tesis primordial que choca fatalmente contra la actitud acostumbrada. F. de Saussure hace el descubrimiento de la lengua; con esto se cobra conciencia del hecho de que la lingüística de la época no había tenido en cuenta más que el habla, y de que hasta entonces había descuidado su verdadero y único objeto». L. Hjelmslev, *Essais linguistiques*, París, 1971, pág. 77 (traducción española, *Ensayos lingüísticos*, Madrid, Gredos, 1972).

Sin embargo, E. Coseriu ha mostrado que la célebre dicotomía saussureana se encuentra ya formulada explícitamente en la obra *Die Sprachwissenschaft* (1891) del lingüista alemán G. von der Gabelentz.

Coseriu insiste en que Saussure tuvo que haber conocido y utilizado esta obra. El mismo Coseriu completó la dicotomía saussureana de lengua y habla mediante una tricotomía a la que da los nombres de *sistema*, *norma* y *habla*. Cf. E. Coseriu, «Georg von der Gabelentz et la linguistique synchronique». Estudio preliminar a la reimpression de la obra de Gabelentz, *Die Sprachwissenschaft*, Tubinga, 1969. Cf. E. Coseriu, *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 1969, págs. 111-113, y *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1977, págs. 200-250. Cf. Jesús Antonio Collado, *Fundamentos de lingüística General*, Madrid, Gredos, 1974, págs. 45-75.

¹¹ Gómez Hermosilla, J., *Principios de Gramática General*, Madrid. Imp. Nacional, 1841, 3.ª ed., págs. VII-VIII.

Tras la definición del lenguaje, Arbolí plantea varios problemas preliminares que, aunque según su opinión, no son estrictamente lingüísticos —no tienen conexión necesaria y directa con esta ciencia—, la filosofía moderna suele incluir en los tratados de Gramática General. Estas cuestiones son:

- La necesidad del lenguaje.
- Su origen.
- La causa de sus variedades.

2. Necesidad del lenguaje.

La necesidad del lenguaje en sentido amplio, como facultad de expresar los sentimientos por cualquier medio, la demuestra Arbolí «victoriosamente» en su *Psicología*¹². El problema planteado en la *Gramática General* se refiere al lenguaje oral en oposición al lenguaje de acción.

Condillac en su Gramática había definido a este último y le había asignado el primer puesto cronológico en la comunicación humana¹³:

Les gestes, les mouvements du visage et les accens inarticulés, voilà, Monseigneur, les premiers moyens que les hommes ont eus pour se communiquer leurs pensées. le lang qui se forme avec ces signes, se nomme «langage d'action»¹⁴.

Destutt-Tracy asigna al lenguaje de acción una función peculiar, complementaria, y, a veces, supletoria. Describe así sus caracteres:

El lenguaje de acción, si es de todas las lenguas la menos fina, rica y desenvuelta, es la más enérgica, vehemente y la única de que hacemos uso en el exceso de pasión, y cuando la violencia de los sentimientos nos quita la reflexión necesaria para expresarlos con signos convencionales¹⁵.

¹² Arbolí, J., *Compendio de las lecciones de Filosofía*, 2.^a parte, sección 1.^a, lección 8.^a.

¹³ Un resumen de la discusión sobre este tema, tal como se veía en la segunda mitad del siglo XIX en España, lo tenemos en F. de Paula Canalejas, *Curso de Literatura General*, Madrid, Imp. de la Reforma, 1868, págs. 162 y ss.

¹⁴ Condillac, *La Grammaire*, J. Barbou, París, 1775, pág. 6.

¹⁵ *Elementos de verdadera lógica. Compendio. o sea, extracto de los Elementos de Ideología del Senador Destutt de Tracy. Formado por el presbítero don Juan Justo García, Catedrático jubilado de Matemáticas de la Universidad de Salamanca, Diputado por la provincia de Extremadura a las Cortes Ordinarias de los años 20 y 21*, Madrid, Imp. de D. Mateo Repullés, 1821, pág. 107.

Para Gómez Hermosilla, el lenguaje de «acción» no sólo es el único «natural», sino que es el modelo básico al que trata de ajustarse e imitar el lenguaje oral:

¿Cuál es el lenguaje que nos inspira, que nos dá, la naturaleza? El de acción. Y en este ¿no hay gestos ni ademanes para significar los movimientos en el acto de ejecutarse? Al contrario: examínese en el sordomudo, y se verá que sus signos son, por la mayor parte, imitaciones de los movimientos que ve ejecutar, ya que no puedan serlo de los sonidos porque no los oye. Y se verá más, y es que estas imitaciones son los medios de que se vale para expresar las ideas, no sólo de los movimientos mismos, sino las que por ellos se ha formado de los objetos y sus cualidades. Siendo, pues, las palabras en el lenguaje hablado, lo que los gestos y ademanes en el de acción ¿cómo no las ha de haber para significar la ejecución de los movimientos, las acciones?¹⁶

Arbolí rechaza de forma absoluta la simple posibilidad de un estado en el que los hombres no tuviesen más signos de pensamiento que los de acción. A esta hipótesis la califica de absurda «porque los hombres en ese estado no serían racionales, y, por consiguiente, no serían Hombres»¹⁷. Tras este argumento general y, para él, apodíctico, detalla minuciosamente las razones que hacen imposible que el lenguaje de acción cumpla las cuatro funciones de la palabra humana:

- Unir a los hombres en sociedad.
- Colaborar con la mente a la elaboración y memorización de las ideas.
- Posibilitar el ejercicio de la meditación.
- Formular los conocimientos racionales.

El autor gaditano traza el siguiente razonamiento:

El lenguaje oral es el único instrumento capaz de unir a los hombres en sociedad moral. Esta formulación positiva es consecuencia final de tres afirmaciones axiomáticas unidas de forma encadenada:

- los hombres han nacido en sociedad y para la sociedad y sólo en ella pueden realizar el fin de su creación;
- la sociedad moral se forma y se fortifica mediante la comunicación de las inteligencias;
- el instrumento necesario de la inteligencia es la palabra.

¹⁶ Gómez Hermosilla, *ob. cit.*, pág. 51.

¹⁷ G. G., pág. 9.

A la misma conclusión llega mediante una argumentación negativa. Con el lenguaje de «acción» sólo se podría llegar a la satisfacción de las necesidades orgánicas: el hambre, la sed, la reproducción. La agrupación humana con finalidad exclusivamente biológica, sería precaria y «tan estúpida y agena de toda relación moral, como lo es la de las abejas ó la de los castores»¹⁸.

El lenguaje de «acción», por otra parte, posee un inventario muy reducido de unidades, es cuantitativamente insuficiente para dar consistencia formal y temporal a las ideas. A lo máximo, sirve para expresar directamente las emociones y sentimientos, pero carece de capacidad para «convertirlos en ideas ni para consignar su recuerdo en la memoria»¹⁹.

Para la meditación, concebida como monólogo o actividad interior por la que el sujeto habla consigo mismo, es indispensable el uso del lenguaje oral. Arbolí aduce como prueba la carencia de tal actividad mental en animales, niños «infantes» y adultos afásicos.

Por último, el lenguaje de acción expresa los fenómenos individuales y, de éstos, sólo los exclusivamente sensibles. Sin la palabra, el hombre no sería capaz de adquirir ni comunicar conocimientos generales ni abstractos; en definitiva, estaría desprovisto de facultad apropiada para conocer la verdad racional. Entre el lenguaje de «acción» y el «oral» existe una diferencia análoga a la que separa los sentidos de la razón.

3. Origen del lenguaje.

Según Destutt, los estudios sobre el origen del lenguaje estaban en mantillas antes de las teorías de Locke y de Condillac. El gramático parisino, siguiendo a los sensualistas anteriores, afirma que, cronológicamente, el primer lenguaje es el de «acción». Este lenguaje comprendía «los gestos, clamores, actos que hablan a la vista, oído, tacto, y que encierra el germen de todos los lenguajes posibles»²⁰. El hombre, cuando siente la necesidad de entenderse con sus semejantes, se vale de medios espontáneos, anteriores a todo lenguaje articulado:

Y este medio ha de ser un resultado de la naturaleza de nuestro ser, o un efecto necesario de nuestra organización. Efectivamente, no podemos tocar o alcanzar una cosa que deseamos, sino llevando la mano a ella,

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Ibidem*, pág. 10.

²⁰ *Elementos*, pág. 107.

si está cerca, o encaminándonos hacia ella, si está lejos: si estamos fatigados, nos echamos; el dolor nos arranca ayes ó gritos; la alegría, la sorpresa, el temor nos inspiran otros diferentes; golpeamos ásperamente lo que nos irrita, y acariciamos con dulzura lo que nos agrada, y manejamos con tiento lo delicado... Todos experimentan en sí estos efectos, y viéndolos en sus semejantes, conocen lo que pasa en ellos ²¹.

Desttut defiende el lenguaje de «acción» como previo e inevitable proceso inicial del lenguaje oral. El primero, «natural» y «necesario», evoluciona hacia el segundo, «artificial» y «voluntario»:

Este lenguaje natural y necesario se ha hecho artificial y voluntario, rehaciendo para pintar el pensamiento o sentimiento las mismas acciones que él produjo naturalmente; el uso lo ha afinado, variado y circunstanciado cada día más, perfeccionando los signos según su capacidad por convenciones expresas ²².

Explica de manera detallada la evolución de la «acción» de cada sentido:

Quedando los tactos casi los mismos, los gestos han recibido desenvolvimientos capaces de formar una verdadera lengua sabia. De los sonidos hechos artificiales sólo han quedado las interjecciones del lenguaje primitivo, alteradas muchas en su significación; en las demás palabras apenas encuentran los etimologistas en sus sílabas radicales, algunos vestigios de la primera impresión producida por el objeto o el sentimiento que representan y ligeras trazas de su forma original; pudiéndose asegurar que las lenguas usuales son el lenguaje natural prodigiosamente extendido y perfeccionado con todas las especies de signos que componen el primero ²³.

Para Desttut, por lo tanto, los diferentes tipos de lenguaje se complementan entre sí y contribuyen a servir de cauce de una comunicación completa:

Los sonidos forman la parte más rica y fecunda; los gestos se le unen como auxiliares y accesorios necesarios, y los tactos concurren para mayor expresión: de este modo resulta el lenguaje de acción perfeccionado y compuesto de los tres ramos de gestos, sonidos y tactos. Cuando con una mano conduzco a un hombre hacia un objeto, se lo señalo con la

²¹ *Ibidem.*

²² *Ibidem.*

²³ *Ibidem.*

otra, o le digo que vaya a él, le señalo de tres modos diferentes una misma idea²⁴.

Arbolí se niega a aceptar la mera posibilidad del planteamiento de la evolución del «lenguaje de acción» al «lenguaje hablado». Defiende que entre los dos no se da continuidad gradual ni histórica porque, según él, difieren sustancialmente y el primero no ha existido antes ni sin el segundo. El «lenguaje de acción» es esencialmente incapaz de alcanzar la eficacia del lenguaje hablado, «por grande que sea la perfección que el arte consiga dar a los signos naturales, nunca los pensamientos significados por este medio, pueden tener la claridad y la precisión que les da el lenguaje»²⁵. Pero Arbolí aduce una segunda razón que hace la evolución aún menos posible: «La perfección de que indudablemente es susceptible el lenguaje de acción, nace y se deriva del lenguaje hablado».

Tras estas afirmaciones, plantea directamente la posibilidad de existencia del lenguaje «natural» como etapa previa del lenguaje hablado. La acepta como hecho obvio en el desarrollo evolutivo de cada uno de los individuos, pero la rechaza, por carencia de pruebas documentales, en el origen del género humano. El estudio etnográfico de los pueblos primitivos antiguos y de los salvajes actuales impide llegar a otras conclusiones. Descartada la hipótesis del origen del lenguaje oral, concebido como evolución perfeccionada del lenguaje de «acción», Arbolí presenta dos posibles opciones alternativas: la invención humana o la revelación divina. Desde la óptica de su filosofía, solamente va a aceptar como válida esta segunda, por exclusión de la primera. Veamos cómo argumenta.

La invención del lenguaje supone condiciones objetivas que, en realidad, son consecuencias del mismo lenguaje. Estas son, a nivel colectivo:

- la existencia de una verdadera sociedad humana;
- la estipulación de un «contrato» explícito entre los hombres que establecieran la codificación oportuna;
- la posibilidad de concebir ideas sin la ayuda del lenguaje, a no ser que éste hubiera surgido como efecto sorprendente de la mera casualidad.

²⁴ *Ibidem.*

²⁵ G. G., pág. 11.

Finalmente, Arbolí argumenta *in absurdum*:

Si pues hubo un tiempo en que no pensaron, hubo un tiempo en que no fueron racionales, hubo un tiempo en que vivieron contra el orden propio de su naturaleza. Tal suposición es absurda, luego es inadmisibles.²⁶

Tras estos argumentos, con los que pretende cerrar el paso a la hipótesis evolucionista en el origen del lenguaje, Arbolí formula una conclusión que coincide con la interpretación literal del pasaje bíblico:

Deus creavit de terra hominem, et secundum imaginem suam fecit illum... Creavit ex ipso adjutorium simile sibi; Consilium, et linguam, et oculos, et aures, et cor dedit illis excogitandi, et disciplina intellectus replevit illos. Creavit illis scientiam spiritus...²⁷.

Para permanecer, sin embargo, dentro del ámbito de las ciencias humanas —y no teológicas— valora la Biblia como texto histórico y a su autor, Moisés, como historiador. Sigamos directamente la línea de su argumentación.

Qué debemos concluir de esta demostración?

Que, eliminada la hipótesis de la invención del lenguaje, es forzoso admitir la solución del problema tal cual la da Moisés, el historiador más antiguo del mundo, y el más digno de crédito, aun considerado humanamente, la palabra la recibieron del Criador nuestros primeros padres juntamente con la razón. Dios, al comunicarles ésta, le dio un lenguaje formado, como instrumento indispensable para que pudiesen usarla, y cumplir el fin de la creación²⁸.

La donación directa no sólo del lenguaje como capacidad, sino también de alguna lengua concreta, también la defendió Jaime Balmes:

El examen del lenguaje produce otro bien de la mayor trascendencia, cual es el que excita en el alma un indecible asombro, en vista del admirable fenómeno que llamamos hablar; nos hace notar ese prodigio, en que antes no reparábamos; nos inspira una profunda convicción de que no ha podido ser inventado por el hombre; con lo cual nos lleva de la mano a la revelación primitiva, a una comunicación de los primeros

²⁶ *Ibidem*, pág. 13.

²⁷ *Ecclesiasticus*, 17, 1-6.

²⁸ *G. G.*, pág. 14.

hombres con Dios; esto es, a reconocer por el camino de la filosofía la narración de Moisés²⁹.

4. *La variedad de las lenguas.*

La doctrina de la infusión divina del lenguaje lleva implícita la tesis monogenésica del hombre y de la lengua. Arbolí la explicita y la defiende apoyándose en las razones anteriormente expuestas y, sobre todo, en las afinidades fonéticas y gramaticales existentes entre las distintas lenguas, puestas de manifiesto por los estudios comparativos³⁰:

Que el idioma primitivo del género humano debió ser uno solo, es verdad, que, aunque no puede históricamente demostrarse sino por la narración de Moisés, que es el único historiador de los sucesos de aquella época, resulta como consecuencia necesaria de las reflexiones que hemos expuesto, y de otro género de observaciones que han hecho varios filólogos eruditos, y consiste en señalar las afinidades de todos los idiomas que se conocen. Los cuales á pesar de sus notorias desemejanzas, tienen ciertos puntos de contacto, así en lo material de las voces como en sus gramáticas, que prueban que todos ellos son fragmentos de una lengua primordial y comun³¹.

Explica la diversidad de lenguas de maneras distintas, según la naturaleza y grado de sus divergencias formales. Las diferencias esenciales tienen su origen en «algún acontecimiento súbito y vio-

²⁹ Balmes, J., «Gramática General», en *Obras completas*, Madrid, B. A. C., 1948, pág. 296.

³⁰ Resulta ya un tópico repetir que el siglo XIX fue la era de los estudios históricos y comparados de las lenguas, en especial, de las lenguas indoeuropeas. Esta afirmación no implica que anteriormente no se hubieran llevado a cabo estudios históricos basados en la comparación de las lenguas. La verdad es que este siglo fue testigo del desarrollo de nuevos conceptos, teóricos y metodológicos, en el terreno de la lingüística histórica y comparada. En este sentido, Coseriu resalta la actitud histórico-comparativa del Renacimiento, época en la que se habían anticipado ya muchas soluciones de la lingüística histórica del siglo XIX. Dice textualmente Coseriu: «Con el siglo XIX se vuelve en cierto modo a la problemática del Renacimiento, concentrándose de nuevo el interés científico principalmente en la comparación y en la historia... En realidad, tan sólo se reanuda un motivo en sí no nuevo, aunque opuesto a los de la lingüística del siglo XVIII, en cuanto determinado por un nuevo contexto histórico-cultural» («Premisas históricas de la lingüística moderna», en *Lecciones de Lingüística General*, Madrid, Ed. Gredos, 1981, pág. 19).

³¹ G. G., pág. 14.

lento ocurrido á los hombres que hablaban el idioma primitivo». Creemos que no sería una hipótesis excesivamente atrevida pensar que, implícitamente, Arbolí se está refiriendo al mito bíblico de la Torre de Babel. El autor gaditano se apoya, por lo tanto, en una interpretación literal de la Biblia, a la que sigue como norma positiva. Puede resultar orientadora, a este respecto, la nota al pie de página que dice lo siguiente:

Quien apeteciere instruirse suficientemente en este asunto valiosísimo, que nosotros no hacemos más que indicar, debe consultar los escritores que se han propuesto tratarlo de propósito, y especialmente a nuestro distinguido compatriota, el sabio erudito Dr. Wiseman, en su obra sobre la armonía de la ciencia y la revelación, escrita originariamente en inglés, y traducida ya á otros varios idiomas³².

Este autor, cardenal arzobispo de Westminster, aunque de ascendencia irlandesa y británica, había nacido en Sevilla. En sus abundantes escritos, se había propuesto como objetivo mostrar la convergencia entre las verdades adquiridas por la ciencia y las recibidas por medio de la revelación. Sobre el origen del lenguaje, sólo constata la inconsistencia de las diferentes teorías que, hasta entonces, se habían defendido:

Desde la época de Buffon, se han levantado unos sistemas al lado de otros, semejantes a las columnas del desierto y con actitud amenazante; pero no eran más que arena como ellas; y aunque en 1806 contase el Instituto de Francia más de ochenta teorías de esta especie, hostiles a las Sagradas Escrituras, ninguna de ellas ha quedado en pie hasta hoy, ni merece fijar nuestra atención³³.

5. *Origen de la escritura.*

También plantea Arbolí el problema del origen de la escritura. Aunque propugna la imposibilidad de determinarlo con seguridad, recoge, sin asumirla, la tesis de Bonald, apoyada en razones «plausibles» y contrarias a la invención de la escritura. Según este autor, no es posible «inventar» los signos gráficos sin descomponer previamente los sonidos articulados. Esta operación no se puede llevar a

³² *Ibidem.*

³³ Wiseman, *Discursos sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la religión revelada*, Barcelona, 1854, Discurso 2.º, págs. 791-792.

cabo sin la ayuda de los caracteres alfabéticos. La segunda razón es histórica: el único pueblo en el que se dieron las condiciones favorables para la invención de la escritura alfabética, el egipcio, sólo conoció la escritura simbólica. De estos argumentos deduce Bonald que

La escritura alfabética fue revelada por Dios a Moisés y comunicada por éste al pueblo hebreo, del cual la tomaron los pueblos circunvecinos, y entre otros los fenicios que, con sus navegaciones por el Mediterráneo, la propagaron en las costas de África, el Asia Menor y la Europa ³⁴.

Arbolí muestra su simpatía por esta tesis afirmando que, incluso sin contar con dichos argumentos, existe un hecho que contradice la tesis de la invención fenicia de la escritura: Moisés y los hebreos escribían mucho antes de haberse «acercado a la vecindad de los fenicios». Calcula que la invención de los signos coincidiría con la fundación de Tiro, hecho simultáneo a la judicatura de Débora en Israel y posterior, en más de dos siglos, a la época de Moisés.

Gómez Hermosilla defiende claramente que los diferentes tipos de escritura fueron inventados por el hombre:

Es un hecho histórico que, no contento el hombre con haber empleado como signos momentáneos de las ideas los sonidos producidos por su órgano vocal, halló todavía el modo de hacer permanentes estos mismos signos, inventando caracteres, que pintados, escritos, esculpidos, grabados, ó formados de cualquier modo, sobre la superficie de ciertos cuerpos, representen las palabras. Y como en estas se puede considerar, ó las ideas que expresan, ó los sonidos de que se componen; se deja conocer que toda escritura, título genérico bajo el cual se comprenden las pinturas, los grabados y cualquier otro signo duradero de lenguaje hablado, ha de ser por necesidad de una de dos especies; porque ó representa directamente las ideas, ó los sonidos de que constan las palabras que las enuncian ³⁵.

Las conclusiones a las que llega el autor gaditano se pueden resumir de la siguiente manera:

Es imposible conocer históricamente el origen de la escritura ya que no existen pruebas documentales.

³⁴ Bonald, Vizconde de, *Investigaciones filosóficas acerca de los primeros objetos de los conocimientos morales*. Traducido del francés al castellano por D. J. P. V., 2 tomos, Imp. Real, Madrid, 1824, pág. 34.

³⁵ Gómez Hermosilla, *ob. cit.*, pág. 188.

Este desconocimiento carece de relevancia científica y de interés pragmático ya que no impide el estudio de la naturaleza ni el análisis de sus relaciones con la inteligencia a la que sirve de vehículo de expresión y de instrumento de perfeccionamiento.

III. GRAMÁTICA

Arbolí «ideólogo»³⁶, teórico racionalista del lenguaje, considera a la lengua como trasunto fiel del pensamiento. Defiende que las leyes de la gramática encuentran su justificación en los principios universales de la Filosofía, en los que se fundamentan todas las lenguas. Define así a la Gramática General:

Se ha dado este nombre, con menos propiedad de la conveniente, á la Filosofía del Lenguaje, ó sea la ciencia que investiga y establece los principios del pensamiento hablado. Y decimos que se llama Gramática impropriadamente, porque la General no es arte sino ciencia; no enseña idioma ninguno determinado, y mucho menos todos, como acaso pudiera creerse, viéndola designada con este título; sino la teoría general y común de las palabras, prescindiendo de los idiomas en que puedan formularse: en suma, la Gramática General es la ciencia que trata de los principios y fundamentos filosóficos del habla³⁷.

La dependencia filosófica ya había sido proclamada por Descartes, Port-Royal, Du Marsais, Beauzée, etc. Estos autores afirmaron que era preciso conocer las operaciones de nuestro entendimiento para

³⁶ La ideología, considerada como disciplina filosófica, tiene como objeto la clasificación y análisis de las «ideas» y parte, sobre todo, de los análisis de Condillac. Los ideólogos se interesaban primordialmente por el estudio del origen y constitución de las «ideas» y sus análisis eran derivados siempre del examen de las facultades humanas y, en particular, de la constitución fisiológica y psicológica. Tan amplio punto de partida condujo a orientaciones muy divergentes. F. Picavet distingue tres generaciones de ideólogos: la primera, precursora, comprende autores como Roederer, Lakanal, Saint-Lambert, y hasta cierto punto, Condorcet y Laplace. La segunda generación abarca a Cabanis y a Destutt de Tracy. En esta generación se manifiestan diversos hilos que ligan la ideología con los filósofos sociales: Fourier, Leroux, Saint-Simon y hasta Comte. La tercera generación está representada por Degérando, Laromiguière y sus discípulos. Picavet afirma que los ideólogos, aunque relacionados con Condillac, no son, como a veces se supone, discípulos de Condillac. F. Picavet, *Les ideologues, essai sur l'histoire des idées et des théories scientifiques, religieuses en France depuis 1879*.

³⁷ Arbolí, *ob. cit.*, pág. 15.

comprender los fundamentos del lenguaje y establecieron la distinción entre la Gramática General y la Gramática Particular:

La Grammaire Générale est donc la science raisonnée des principes immuables et généraux du langage prononcé ou écrit, dans quelque langue que ce soit.

Une Grammaire Particulière est l'art d'appliquer aux principes immuables et généraux du Langage prononcé ou écrit les institutions arbitraires et usuelles d'une langue particulière. La Grammaire Générale est une science, parce qu'elle n'a pour objet que la spéculation raisonnée des principes immuables et généraux du Langage.

Une Grammaire Particulière est un art, parce qu'elle envisage l'application pratique des institutions arbitraires et usuelles d'une langue particulière aux principes généraux du Langage³⁸.

Destutt de Tracy, seguidor de Condillac, publica a principios del siglo XIX sus *Éléments d'idéologie*, que constituyen su sistema de lógica y que dividió en tres partes: la primera, la *Idéologie proprement dite*, estudia la generación y formación de las ideas; la segunda, la *Grammaire*, trata de la formación y uso de los signos que representan las ideas, y la tercera, la *Logique*, se ocupa de la deducción de las ideas³⁹. Este autor ratifica la proposición de que la Gramática es la continuación de la ciencia de las ideas o *Ideología* y afirma que «para hallar las leyes del discurso y del raciocinio es indispensable conocer nuestra inteligencia, y que antes de hablar de Gramática y de Lógica es menester estudiar nuestras facultades intelectuales»⁴⁰.

³⁸ Beauzée, N., *Grammaire générale, ou exposition raisonnée des éléments nécessaires du langage pour servir de fondements à l'étude de toutes les langues*, 2 vols., París, 1767.

Modernamente, aunque la relación entre la lingüística y la filosofía se plantea desde otra perspectiva, el fundamento es el mismo: la unidad indivisible de la naturaleza humana. El siguiente texto es ilustrativo: «La idea de que el estudio del lenguaje proporciona una mejor visión de la psicología humana no es nada nuevo. Siempre ha estado claro que el uso normal y cotidiano del lenguaje lleva consigo capacidades intelectuales de orden más elevado. En vista de la complejidad de este logro y de su carácter único en el hombre, resulta natural suponer que el estudio del lenguaje contribuye significativamente a nuestro conocimiento de la naturaleza de la mente humana y de su funcionamiento», Chomsky y Halle, Prefacio a *Lingüística Cartesiana*, Madrid, Gredos, 1969.

³⁹ Destutt-Tracy, *Éléments d'idéologie*. Première partie, *Idéologie proprement dite*. Seconde partie, *Grammaire*. Troisième partie, *Logique*, París, Chez Courier, 1805.

⁴⁰ Destutt-Tracy, *Gramática General*. Trad. de Juan Angel Caamaño, Madrid, Imp. de José del Collado, 1822, pág. 63.

Sabemos que Jovellanos, preocupado intensamente por la pedagogía, intenta siempre fundamentar sus numerosos planes de enseñanza sobre ideas sólidas. En sus *Rudimentos de Gramática General*, nos ofrece las siguientes definiciones:

Al arte de unir y enlazar las palabras de una lengua para expresar por su medio los pensamientos y formar un discurso seguido, se ha dado el nombre de gramática, la cual puede ser definida así: gramática es el arte de hablar bien una lengua, ó es el conjunto de reglas que deben ser seguidas y observadas para hablar bien una lengua; así que, el conjunto de las reglas establecidas para hablar con propiedad la lengua castellana podrá ser llamada «gramática castellana» ó «arte de hablar bien el castellano»; y lo mismo se puede decir de todas las demás lenguas.

Estas reglas, establecidas por el uso y reunidas por la observación, fueron en parte derivadas de la naturaleza, y en parte de combinaciones arbitrarias; y por eso hay algunas que son comunes a todas las lenguas del mundo, y otras que son propias y peculiares de cada lengua particular.

Al conjunto de reglas de la primera clase daremos el nombre de «gramática general», y al de la segunda, de «gramática particular»⁴¹.

Arbolí está de acuerdo con la integración de la Gramática en la Psicología y justifica así su tesis:

Dónde debemos estudiar estos principios?

En la índole y en las leyes de la inteligencia humana; porque siendo la palabra no solamente signo, sino también expresión y cuerpo de la idea; y estando las dos modificaciones, la material y la intelectual, á pesar de su diferencia, unidas tan indisolublemente, que vienen como á identificarse en una sola modificación; examinar los principios del habla, es examinar los del pensamiento; tratar de las voces, es tratar de las ideas encarnadas en ellas; y la ciencia del lenguaje no es otra cosa más que una sección, uno de los aspectos de la Ideología, ó de la Psicología mental⁴².

La concepción racionalista de la Gramática sirve de fundamento a su división bipartita. En cada una de las partes, se estudian respectivamente, las operaciones complementarias de la mente: el análisis y la síntesis. Este plan sistemático y metodológico es común

⁴¹ Jovellanos, G. M. de, «Rudimentos de Gramática General», en *Obras de...*, Madrid, B. A. E. Atlas, 1963, pág. 104.

⁴² Arbolí, G. G., pág. 15.

a Destutt de Tracy, a Gómez Hermosilla y a Arbolí. El gramático francés explica el método de la siguiente manera:

Todo discurso es la manifestación de nuestras ideas, y, por lo tanto, sólo el conocimiento perfecto de éstas puede hacer descubrir la verdadera organización del discurso y mostrarnos en todas sus partes el secreto mecanismo de su composición⁴³.

Como conclusión afirma que la Ideología sienta las bases para el conocimiento de los elementos del discurso y de los procedimientos para unirlos mediante la sintaxis, la cual

consiste [...] en señalar el lugar que deben tener los signos en la oración, en determinar las variaciones que algunos deben experimentar, y en fijar el uso de los que no sirven sino para enlazar entre sí a los otros⁴⁴.

Gómez Hermosilla expone así el plan de sus *Principios de Gramática General*:

Entendiéndose por lenguaje hablado 'el que expresa las ideas por medio de palabras'; y pudiendo estas considerarse, ó según que, reunidas en mayor ó menor número y coordinadas de cierto modo, enuncian un pensamiento completo; se hace necesario dividir este tratado en dos libros, en el primero hablaré de las palabras sueltas, y en el segundo, de su coordinación⁴⁵.

Arbolí sigue el mismo razonamiento, pero es aún más explícito en la formulación y más concreto en sus conclusiones. Establece con claridad y precisión un principio fundamental del racionalismo en el que va a apoyar toda su doctrina: el juicio mental es la operación específica del hombre y el contenido peculiar del lenguaje:

- P. Cómo debemos proceder en este estudio?
- R. Debemos examinar la estructura de la oración. Todo pensamiento humano, tomada esta palabra en su genuino significado, es un juicio; y la expresión verbal del juicio es la oración o la proposición. Pero la oración puede considerarse en sí misma, y en las partes que la constituyen; y no hay duda que para llegar a conocer su naturaleza, se hace indispensable comenzar por el examen de los elementos de que se compone, llamados con notable propiedad partes de la ora-

⁴³ Destutt-Tracy, *ob. cit.*, pág. 66.

⁴⁴ *Ibidem.*

⁴⁵ Gómez Hermosilla, *ob. cit.*, págs. VII-VIII.

ción. Así pues, dividiremos este tratado en dos secciones: en la primera examinaremos las partes de la oración, y en la segunda, la oración completa formada. Esto, como se ve, es hacer el análisis de la oración acomodando al asunto de la Gramática General, el método filosófico, que es el único útil y seguro en todo género de investigación ⁴⁶.

Según Lista, no se puede reducir el lenguaje humano a un instrumento cuya única función consista en expresar las operaciones del pensamiento. Defiende que la vida interior del hombre desborda los límites racionales y que el lenguaje también es vehículo de exteriorización de las emociones. Y por esto, precisamente, quiere evitar que se le interprete como seguidor, a este respecto, de Destutt de Tracy:

...no se crea que adoptamos la idea de Destutt-Tracy, de que sería muy conveniente la creación de un idioma filosófico; esto es, arreglado á las nociones de la gramática general. Aquel profundo metafísico conocía muy bien la deducción y expresión de las ideas; pero ignoraba ó manifestó olvidar la ideología peculiar de la imaginación y de los afectos. El hombre necesita de estos, porque son sus fuerzas vitales; de aquella, porque es la fuente de sus placeres más puros, inocentes y agradables; y las especulaciones de la filosofía, áridas en comparación de los movimientos animados de la fantasía y del corazón, no le harán renunciar al idioma ardiente, figurado, armonioso y arrebatador que les es propio. Así se explica por qué todos los idiomas sin excepción han conservado las interjecciones, voces las menos filosóficas posibles, pues por sí solas nada analizan ⁴⁷.

Lista se muestra, por lo tanto, escéptico sobre la eficacia pedagógica y validez científica de las gramáticas filosóficas, razonadas o generales, que sólo pueden explicar una parte reducida de la actividad de la mente:

Y así se explica también por qué es tan difícil reducir á un sistema ideológico los idiomas; porque si se exceptúan un corto número de reglas generales, todos ellos han sido producto de la imaginación, de las pasiones y de las necesidades humanas, tan variadas en las diferentes naciones. El filósofo puede y debe analizar las operaciones de la mente en la for-

⁴⁶ G. G., pág. 16.

⁴⁷ Lista, Alberto, *Ensayos Literarios y Críticos*, Sevilla, Calbo Rubio y Cía., Editores, 1844.

mación de las ideas, juicios y raciocinios; pero los que crearon los idiomas ¿habían hecho esta sabia y profunda análisis?⁴⁸.

Jaime Balmes, por el contrario, se manifiesta defensor del estudio de la *Gramática General*, cuyo objeto es el lenguaje, «expresión del pensamiento por medio de las palabras». Es partidario también del empleo del método analítico y del sintético, pero advierte que «conviene no perder nunca de vista que la gramática general versa sobre un hecho dado y que, por consiguiente, nunca deben las teorías contrariar a la observación». Argumenta así la conveniencia del estudio de la gramática general:

La utilidad de la gramática general es mayor de lo que comúnmente se cree, a juzgar por el breve espacio que se le asigna en la enseñanza. Estudiar el lenguaje es estudiar el pensamiento; el adelanto en un ramo es un adelanto en el otro; así lo trae consigo la íntima relación de la idea con la palabra.

Otra utilidad de la gramática general es el preparar al estudio científico de las lenguas. Estas se pueden aprender de dos modos, por rutina o por principios: en el primer caso el trabajo es mucho mayor, y el conocimiento más incompleto: la memoria se carga de palabras y de reglas, que se olvidan fácilmente porque les faltan principios que les sirvan de lazo y exciten su recuerdo; en el segundo, el número de las palabras y de las reglas que se han de retener es mucho menor, porque basta conservar lo primitivo y la ley con que se forma lo secundario.

El estudio del lenguaje es muy importante para el de la historia del género humano: en ello se interesa la religión de una manera especial, como lo manifiestan las dificultades que la lingüística había suscitado a la narración de los Libros Sagrados y las soluciones cumplidas que se les han dado con los progresos de la misma ciencia, alcanzando la verdad de nuestra religión los más brillantes triunfos⁴⁹.

IV. VERBO

La noción de verbo es otro tema clave que polariza las polémicas gramaticales de este siglo XIX. Su sincretismo formal hace difícil el análisis y da ocasión a contrapuestas definiciones parciales. Los auto-

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ Balmes, J., «Gramática General o Filosofía del Lenguaje», en *Obras Completas*, t. III, Madrid, B. A. C., 1948, pág. 295 ss.

res tampoco están de acuerdo al señalar la raíz de tales discrepancias. Algunas opiniones son tan simplistas como la de Noboa, que cree que la dificultad de la definición reside en la necesidad de emplear sustantivos para explicar la naturaleza de los verbos:

Nosotros creemos además, que la causa de no definirse bien el verbo es porque, siendo una palabra de naturaleza tan distinta del nombre, hai que definirle con un nombre, i por eso su naturaleza no queda bien explicada. Pues decir que el verbo significaba sér, afirmación, existencia, movimiento, & c., es como decir que el verbo tiene la significación de un nombre; pues tales son sér, existencia, afirmación, movimiento, & c.⁵⁰

Este mismo autor nos señala las líneas que siguen las definiciones más frecuentes y conocidas:

Unos dicen que es el signo de la afirmación; otros que expresa el juicio que hacemos de las cosas; otros que sólo representa la existencia de ellas, i que no hai más verbo propiamente tal que el verbo ser; otros dicen que el verbo significa ideas de movimientos u operaciones, & c., todas estas cosas son muy ciertas, pues estas propiedades convienen al verbo; mas como no es fácil comprenderlas en una definición, tampoco lo es el definirle bien⁵¹.

Este problema de la naturaleza del verbo no sólo se plantea desde ópticas filosóficas diferentes, sino que hunde sus raíces en presupuestos teológicos. En realidad, la preocupación profunda se sitúa en el tema del origen del lenguaje humano. Hemos visto anteriormente cómo, mientras que unos autores, apoyados en la interpretación literal del texto bíblico, pretenden demostrar la intervención directa de Dios en la adquisición de la palabra, otros, por el contrario, defienden que el lenguaje oral es el resultado de una larga evolución del lenguaje de «acción». La concepción del verbo va a depender, como veremos, de la actitud que se haya mantenido con respecto a dicho origen del lenguaje.

Hemos sentido interés por conocer la posición de Alberto Lista y cuáles eran los puntos concretos en los que disenta de su compañero de claustro, Juan José Arbolí. Podemos obtener una respues-

⁵⁰ Noboa, Dr. D. A. M., *Nueva Gramática de la Lengua Castellana según los Principios de la Filosofía Gramatical*, con un apéndice sobre el arreglo de la ortografía, Madrid, Imp. Eusebio Aguado, 1839, pág. 14.

⁵¹ *Ibidem*.

ta, al menos parcial, en el artículo que el poeta sevillano publicó en un periódico de Cádiz y en el que se hace eco de la definición del «verbo único»:

Hay entre los escritores de gramática general una disputa muy reñida acerca de la naturaleza del verbo, elemento esencial de la oración⁵².

En dicho artículo, Lista resume, en primer lugar, la definición racionalista espiritualista:

Unos lo contemplan como expresión compuesta de otros dos, que son, el verbo *ser* llamado «sustantivo», base común de todos los verbos, y de un adjetivo que representa calidad, acción ó pasión. Descomponen, por ejemplo, *yo amo* en estos dos: *yo soy amante*, ó mejor, *yo soy amando*: esto es, *yo existo amando*. Si se les dice que ningún idioma admite esta descomposición sino en muy raros casos, responden que no por eso deja de descomponerse así la idea, aunque el genio del lenguaje común no la admita. En el idioma hablado no podrá hacerse esa descomposición; pero sí en el idioma pensado⁵³.

La explicación de Arbolí coincide con esta teoría. Veamos su definición literal:

Qué es el verbo?

Es la palabra expresiva de la afirmación racional, esto es, del acto de la razón constitutivo del juicio, y en cuya virtud los conocimientos son y se llaman conocimientos racionales⁵⁴.

Podemos apreciar cómo Arbolí adopta la postura de los ideólogos espiritualistas y lleva el racionalismo gramatical a sus máximos extremos. Evita todos los términos referidos a los sentidos y multiplica los que expresan realidades espirituales. La definición del verbo la completa así:

Tiene el verbo además otras significaciones y otros oficios?

Su atribución esencial es la que hemos determinado: sin perjuicio de ella, se emplea también el verbo para significar otros dos hechos del alma, el deseo y la voluntad; mas para esto es menester que varíe de inflexión y de modo, como veremos en adelante. El verbo en su significación pura, simple y directa no expresa más que el acto de la razón

⁵² Lista, A., *ob. cit.*, págs. 40-42.

⁵³ *Ibidem*.

⁵⁴ G. G., pág. 35.

afirmando la relación percibida entre dos términos, ó lo que es idéntico, formando juicios⁵⁵.

Una vez establecido el principio fundamental, Arbolí deduce sus consecuencias:

Sólo existe un verbo, cuya forma invariable es la palabra *es*.

Todos los términos que reciben el nombre de verbo pertenecen efectivamente a esta categoría gramatical si llevan incluido, implícita o explícitamente, dicho elemento *es*, invariable y necesario⁵⁶.

La teoría del verbo único estaba muy arraigada entre los ideólogos e, incluso, Destutt la defiende categóricamente:

...el verbo *ser* es en realidad el verbo auxiliar, universal y necesario, que precisamente entra en la composición de los demás: que se halla en todos los tiempos, aun en los simples, cuando se descomponen, y lo que es más, reciben de él sólo la posibilidad de tener tiempos, pues a él sólo deben la propiedad de expresar la existencia⁵⁷.

En España, los primeros rasgos de la definición lógica del verbo los encontramos en el tratado gramatical del padre escolapio Benito de San Pedro⁵⁸, que, siguiendo la Gramática de Port-Royal, afirma:

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ Podemos comparar estas nociones con las de Port-Royal: «Y eso es lo que propiamente es el verbo: una palabra cuyo uso principal es significar la afirmación; es decir, señalar que el discurso en el cual se emplea esa palabra es el discurso de un hombre que no concibe solamente las cosas, sino que juzga sobre ellas y las afirma. (...) Según esto, se puede decir que el verbo, de suyo, no debería tener en modo alguno otro uso sino el de señalar la unión que hacemos en nuestro espíritu entre los dos términos de una proposición. Pero no hay sino el verbo *ser*, al que se llama sustantivo, que haya permanecido en esa simplicidad, y aun puede decirse que no ha permanecido propiamente así sino en la tercera persona del presente, *es*, y en ciertas oportunidades», *Grammaire Générale et raisonnée*, París, Chez Pierre le Petit, Imprimeur et Libraire du Roy, 1660, págs. 49-50. Recientemente ha aparecido una edición de la «Gramática general y razonada» de Port-Royal, Madrid, Sociedad General Española de Librería, S. A., 1980. La traducción y el estudio preliminar han sido elaborados por Ramón Morillo-Velarde Pérez.

Para el estudio de los orígenes doctrinales de la Gramática General y de sus orientaciones e influencias más características, puede verse, entre otros, el estudio de Roland Donzé sobre *La Gramática General y Razonada de Port-Royal*. Una contribución a la historia de las ideas gramaticales en Francia, Buenos Aires, Eudeba, 1970.

⁵⁷ *Ob. cit.*, pág. 234.

⁵⁸ *Arte de Romance Castellano, dispuesto según sus principios generales i*

El verbo es una palabra ó parte de la oracion cuyo oficio principal es significar la afirmacion ó juicio que hacemos de las cosas⁵⁹.

Pero Arbolí es más radical. Para él, el elemento invariable *es* no se identifica con la tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo *ser*. Todos los verbos, incluso el *ser*, son el resultado de un proceso de sincretismo que engloba, en una sola unidad léxica, la afirmación *es* y el atributo afirmado, contenido específico de cada verbo en particular⁶⁰.

uso de los mejores autores, Valencia, Monfort, 1769, II, pág. 1. Citado por F. Lázaro Carreter en *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid, C. S. I. C., 1949, pág. 188.

⁵⁹ Según Lázaro Carreter en su obra citada, el P. San Pedro representa en la gramática del siglo XVIII un importante papel. Como su antecesor Gayoso, como Mayáns, como Luzán, comprende la necesidad que tiene la lengua de una codificación que permita su enseñanza. Pero si en Gayoso, como más tarde en el decreto de Carlos III, según una inercia secular, se subordina el aprendizaje de la gramática española al de la latina, el P. San Pedro busca fines más puros, más originales.

⁶⁰ Esta doctrina estaba muy arraigada en España. Como ejemplos suficientemente elocuentes podemos citar a Jovellanos, que en su obra anteriormente citada dice textualmente: «La palabra *es* (...) representa, como hemos dicho, una percepción del alma, cuya percepción se reduce á juzgar que la calidad está en el objeto; luego esta palabra puede llamarse indicante de estado, bien que otros la llaman verbo. Sucede algunas veces que el verbo y la calidad se incluyen en una sola palabra. Así, *Pedro piensa*, es lo mismo que decir *Pedro está pensando*».

También nos puede servir de referencia la explicación de M. Salleras en *Gramática Razonada de la Lengua Española*, Barcelona, Faustino Palauzie, impresor-editor, 1887, 2.ª ed., pág. 117: «¿Qué es el verbo?». «Un signo conexivo variable destinado á expresar la afirmación que pronuncia nuestra mente en virtud de la relación percibida entre el sujeto y el atributo».

El verbo afirma la conveniencia y no conveniencia, pero afirma siempre; y afirmando siempre, y siendo única la afirmación, es evidente que el verbo debe ser único en todos los idiomas.

No hay ni puede haber más de un verbo; y éste en nuestra lengua no es otro que la palabra *es*.

Somos partidarios del verbo único, como se dice; creyendo que, filosóficamente hablando, es del todo absurda la opinión contraria.

¿Negaremos, empero, que sean verbos las palabras *escribe*, *anda*, *come*, *piensa*, *quiere*, *duerme*, etc.? De ningún modo; mas adviértase que todos ellos expresan afirmación, si bien la cosa afirmada es muy diversa.

Escribe equivale al verbo *es* y un adjetivo activo, que debiera ser *escribiente*; *anda*, á *es andante*; *duerme*, á *es durmiente*; y de todos los verbos atributivos se puede decir una cosa análoga, porque todos ellos son palabras mixtas, que representan el atributo y el signo conexivo de que hablamos. Luego no hay más verbo que la palabra *es*».

Frente a esta doctrina se levanta la teoría sensualista. Alberto Lista la expone de la siguiente manera:

Otros, atendiendo al origen del lenguaje y al modo probable y natural con que se formó, atribuyen la invención de los verbos al deseo de suplir con la voz, el gesto con que antes se indicaba la acción ó la pasión. El verbo *rogar*, por ejemplo, fue posterior al gesto de un suplicante que representaba su significado, y que lo representa todavía cuando el que oye no entiende el idioma del que habla⁶¹.

El defensor más caracterizado en España de la noción estrictamente sensorial del verbo es Gómez Hermosilla. Contra él van dirigidos los argumentos de Arbolí. El verbo sirve fundamentalmente,

Balmes, por el contrario, se muestra disconforme. Refuta así dicha teoría: «Expresar no es afirmar: lo expresado es afirmable, pero la expresión no es la afirmación. La expresión es una manifestación por medio de un signo; pero la afirmación es un acto intelectual con que unimos una idea con otra. El que emplea el verbo optativo, no hace más que manifestar un deseo por medio de un signo: luego no afirma. El deseo es un hecho, ciertamente; este hecho puede ser afirmado, sin duda; pero de esto no se sigue que la manifestación sea la afirmación.

Aquí hay dos cosas: 1.^a, el hecho interno, el deseo; 2.^a, la manifestación de este hecho por un signo. Pregunto: ¿Dónde está la afirmación? No en la palabra, porque la afirmación es un acto intelectual; no en el hecho interno, pues nadie confundirá la afirmación con un deseo. Luego no hay tal afirmación.

Si expresar fuese afirmar, las interjecciones serían afirmaciones: ¡Hay! ¿Eh? ¡Oh! expresan afecciones, hechos existentes, y ¿quién se atreverá á llamarlas verbos?... Puede uno afirmar el deseo ajeno, y no desearle: confundida la afirmación con el deseo, la afirmación del deseo de otro sería un deseo de este deseo.

El sentido común se opone también á esta teoría, pues que nadie tendrá por idénticas las dos expresiones: *ojalá estudiases*; *el deseo de tu estudio es existente en mí*. La primera manifiesta simplemente el deseo; la segunda expresa el acto de reflexión afirmativo de este deseo.

El imperativo ofrece á esta doctrina iguales dificultades. *Oyeme*, mandando, no equivale á decir: *tengo acto de voluntad imperativo de que me oigas*. *Oyeme* es la simple expresión directa de este acto interno, no la afirmación del mismo. Aquí se puede hacer el mismo argumento: la afirmación no está en la palabra; no está tampoco en el acto interno, á no ser que se diga que mandar es afirmar», *ob. cit.*, pág. 322.

Críticas, tanto a las nociones sobre el verbo de Arbolí, como a las de Gómez Hermosilla, podemos encontrar en Benot, E., *La Arquitectura de las Lenguas*, 3 vols., Madrid, Juan Muñoz Sánchez, editor, 1888-1891 (reeditado en Buenos Aires, 1943) y en la de F. Robles Dégano, *Filosofía del verbo*, Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1910.

⁶¹ Lista, *ob. cit.*

según el gramático madrileño, para significar los movimientos corporales:

Estas palabras, pues, destinadas a significar tanto los movimientos que se obran fuera de nosotros, como los que de ellos resultan en nuestros sentidos, son los que en gramática se llaman verbos⁶².

Arbolí responde a esta definición con una serie de razonamientos que expone con vehemencia e, incluso, con cierta agresividad. Parte de un argumento de autoridad. Según él, esta doctrina, la suya, «es universal y constante entre los filósofos» y sólo la rechazan algunos gramáticos, entre los que se encuentra Gómez Hermosilla:

Algunos preceptistas notando que con los verbos se expresa el movimiento y la acción, [...] diéronse á entender que los verbos son voces significativas de dicha idea, que este es su oficio y que no tienen otro. Don José Gómez Hermosilla en su obra titulada *Principios de Gramática General*, adoptó esta opinión, y se esforzó cuanto pudo por combatir la teoría contraria. En su dictamen, los verbos son palabras inventadas para significar los movimientos de los cuerpos y, por traslación, las operaciones de los espíritus⁶³.

La respuesta de Arbolí es terminante. La teoría sensualista del verbo es doblemente falsa: por la verdad que niega —que el verbo sea expresión del juicio racional— y por el error que afirma: que el verbo se caracterice por su significado de movimiento o de acción. Ejemplos como *yacer*, *descansar*, etc., constituyen, según él, pruebas suficientes. Señala que la raíz de tal error hay que buscarla en una interpretación equivocada de la teoría filosófica del verbo. Tras este razonamiento global, Arbolí analiza por separado cada uno de los cinco argumentos que esgrime Gómez Hermosilla. Veamos cada uno de ellos y las respuestas de Arbolí:

Los verbos activos no se resuelven completamente por el sustantivo unido con los nombres adjetivos, ó lo que es lo mismo, las oraciones hechas con el verbo sustantivo no enuncian el mismo idéntico pensamiento, que las formadas con verbos activos⁶⁴.

Hermosilla explica cómo con el verbo *ser* y un adjetivo se atribuye al sujeto una simple cualidad y, por el contrario, con los ver-

⁶² *Ob. cit.*, pág. 22.

⁶³ *G. G.*, pág. 37.

⁶⁴ Hermosilla, *ob. cit.*, pág. 25.

bos activos, una acción. Recuerda que Aristóteles había situado las cualidades y las acciones en diversas categorías lógicas e ilustra estas afirmaciones con varios ejemplos. La respuesta de Arbolí insiste en la radical distinción entre las dos formas homónimas y homógrafas *es*, con significados y funciones diferentes. No tiene inconvenientes en aceptar los argumentos de Hermosilla ya que, en su opinión, en nada afectan a la teoría del verbo único; es más, incluso en los casos en que los verbos activos se puedan descomponer según el modelo analítico, sería desaconsejable, ya que los verbos activos se han formado precisamente para dar «soltura y rapidez a la expresión» mediante la síntesis de la afirmación y el atributo.

El segundo argumento de Hermosilla se refiere a los verbos que, al ser descompuestos, cambian de significado. Los agrupa en cuatro apartados:

Los unipersonales (o terciopersonales), *llueve, truena*, etc., cuyas oraciones resultantes, por carecer de sujetos, serían radicalmente incompletas —p. e. *es lloviendo*—, equivaldrían a no decir nada.

Los rigurosamente pronominales, en los que, al sufrir el cambio sustitutivo, desaparece el pronombre y adquieren diferentes significados.

El verbo *estar*.

Los tiempos compuestos de la voz activa y las perífrasis pasivas.

Arbolí insiste nuevamente en la diferencia entre el verbo sustantivo y la fórmula afirmativa *es y*, a continuación, resuelve cada uno de los problemas presentados por Hermosilla.

Para afirmar la existencia actual de un hecho, no es necesario conocer su causa y, cuando se dice *llueve, truena*, etc., el hecho es el sujeto y la existencia actual es el atributo: «el verbo resume ambos términos y la relación entre ellos percibida».

De manera idéntica soluciona Arbolí la dificultad de análisis de los verbos pronominales. La imposibilidad formal de transformación en una lengua determinada, en nada contradice el hecho de que el verbo implique la afirmación racional. La diferencia de estos verbos con los otros activos es sólo sintáctica o de régimen.

En cuanto al verbo *estar*, Arbolí reconoce la imposibilidad de permutarlo por el verbo *ser*, pero sostiene que, en las oraciones en que se emplea, también se afirma del sujeto un modo de ser y existir y nunca un movimiento o una acción.

Y, finalmente, la inconvertibilidad de las formas compuestas y perífrásticas en otras con el verbo único *es* no se opone a «la verdad incon-

cosa del principio, que en toda proposición, sea la que fuere su forma, va siempre expresa ó implícitamente contenido el signo de la afirmación, la palabra *es*»⁶⁵.

Hermosilla aduce otra tercera prueba, de carácter histórico. A su juicio, todas las lenguas tuvieron verbos activos, mucho antes de que uno de ellos adquiriese «la significación metafísica» en que ahora se usa y por la cual recibe el nombre de «sustantivo». Se apoya en tres razones, las dos primeras negativas y la tercera, positiva:

No existen lenguas en las que todas las oraciones posibles se formen con el verbo *ser* —o su equivalente— y un adjetivo.

Se desconocen idiomas cuyos verbos activos no hayan existido siglos antes de que uno de ellos hubiese adquirido el valor de afirmación racional.

Y, finalmente, se puede probar empíricamente que el verbo *ser* español, el francés *être* y el italiano *essere*, derivados del latino *esse*, vienen todos del griego $\xi\omega$, cuya significación inicial era *ir* o *enviar* y, posteriormente, *llegar*, *estar en un lugar*, *estar* y, más particularmente, *estar fuera de la nada* o *existir*.

Frente a estos argumentos, Arbolí presenta otro de carácter también negativo. Asegura que es imposible conocer el orden cronológico del nacimiento de los diferentes tipos de verbos y, en consecuencia, solamente se atreve a sugerir la hipótesis de su aparición simultánea. Excluidas las pruebas genéticas y cronológicas, concede singular fuerza al hecho indiscutible de la existencia actual, en todas las lenguas, del verbo único *es*.

La cuarta prueba de Hermosilla sigue siendo de índole histórica:

Ni existe, ni ha existido, ni puede existir una lengua sin verbos activos⁶⁶.

Da una explicación apoyándose en conceptos de la psicología sensualista. Parte de la definición de la sensación como la percepción «de los movimientos comunicados por un cuerpo contiguo al órgano exterior o interior del nuestro, y transmitidos por un nervio». Según él, el movimiento es la explicación del universo y la clave de la vida humana. Es inconcebible, por lo tanto, una lengua que carezca de

⁶⁵ G. G., pág. 40.

⁶⁶ *Op. cit.*, pág. 46.

medios adecuados, de palabras apropiadas, para significar el movimiento.

Arbolí no sólo niega el valor de este argumento, sino que, incluso, lo aprovecha en favor de su propia teoría:

...aunque admitamos el aserto en toda la extensión con que está enunciado, nada se seguirá de él contra la teoría filosófica del verbo. En efecto, no se conoce idioma alguno, antiguo ni moderno, que no tenga verbos adjetivos, esto es, verbos que además de significar la afirmación, expresan alguna propiedad, algún modo, ahora sea la acción, ahora la pasión, la situación, el estado, etc. Esto prueba que las lenguas en sus elementos principales no se formaron poco a poco y lentamente, ó por lo menos, que es natural a la inteligencia humana la propension á facilitar la rapidez del pensamiento, tanto más encadenado, cuanto mayor es el número de voces á que se liga⁶⁷.

Por último, Hermosilla formula una quinta proposición en términos, también, negativos:

Suponer una lengua, que sin tener verbos activos tenga adjetivos, es suponer un hecho absolutamente imposible⁶⁸.

La demostración sigue dos caminos lógicos: deductivo uno, empírico el otro. El primero es una mera aplicación de la teoría de las sensaciones. Los adjetivos —dice— significan aquellas cualidades físicas que les suponemos a consecuencia de las impresiones que dejan en nuestros sentidos. Estas sensaciones se expresan inicialmente por medio de verbos que después derivan en adjetivos: «El hombre no pudo calificar de *corredora* a la liebre, sin haberla visto *correr*, ni de *rugiente*, o *rugidor*, al león sin haberlo oído *rugir*»⁶⁹.

Como prueba empírica, aduce ejemplos de participios y adjetivos derivados de verbos latinos: *amans*, *sanctus*...

Arbolí muestra su desacuerdo con los dos supuestos en los que Hermosilla apoya la argumentación: que todos los adjetivos son nombres verbales y que todos los verbos significan acción. Apela a los ejemplos múltiples de verbos derivados de adjetivos y de verbos neutros que se pueden formar tanto en las lenguas antiguas como en las modernas. Advierte que, aunque la definición sensualista de la

⁶⁷ *Op. cit.*, págs. 41-42.

⁶⁸ *Op. cit.*, pág. 53.

⁶⁹ *Op. cit.*, pág. 54.

percepción fuera cierta, no es, ni mucho menos, evidente para la mayoría de los miembros de una comunidad lingüística:

Esta verdad —afirma— no la conoce la generalidad de los hombres, y ninguno necesita conocerla para ver lo cuadrado, lo redondo, etc.; esto es, para formar las ideas de dichas propiedades, las cuales percibe y afirma, desde que se le manifiesta el objeto, como propiedades y cualidades suyas, como partes constituyentes de la idea total que del objeto va formando; por consiguiente como verdaderas ideas concretas que es menester enunciar con nombres adjetivos ⁷⁰.

Para Alberto Lista no resulta tan evidente que el verbo *ser* haya sido elemento integrante de los verbos que surgieron en las lenguas primitivas para sustituir a los gestos indicativos de una multitud diversa de oraciones:

Bajo este punto de vista es imposible dar un elemento común á todos los verbos, como quiera que cada uno ha procedido de la diversidad de acciones, situaciones y propiedades que el hombre observa, y que quiere expresar, primero con el lenguaje de acción y después con el oral ⁷¹.

El autor sevillano, próximo a las ideas de Condillac, afirma que los verbos de contenido abstracto surgen tras un largo proceso de evolución de la mente y cuando las lenguas han adquirido un alto grado de perfeccionamiento:

Los verbos que representan ideas mas abstractas y generales han debido ser los últimos que se inventasen; pues los objetos sensibles é individuales han sido los primeros en llamar la atención así de los individuos, como de los pueblos ⁷².

Lista ilustra su afirmación con ejemplos concretos:

Es preciso que haya adelantado la civilización para inventar las voces *saber, ignorar, meditar, abstraer, opinar* y otras que suponen el uso frecuente del raciocinio y una inteligencia cultivada ⁷³.

Está, por lo tanto, en franca oposición con la doctrina del profesor de filosofía de su Colegio y, defiende explícitamente que la apa-

⁷⁰ *Op. cit.*, pág. 42.

⁷¹ Lista, *ob. cit.*

⁷² *Ibidem.*

⁷³ *Ibidem.*

rición del verbo *ser* supone un largo proceso de formación y perfeccionamiento de las lenguas:

Ahora bien: no hay ninguna idea mas abstracta ni mas general que la de la existencia; por tanto el verbo *ser* que la representa, fue uno de los últimos que se inventaron, y su uso no llegó á hacerse tan general como ahora lo es, sino cuando el lenguaje empezó á pulirse y perfeccionarse⁷⁴.

Y no debe sorprendernos que utilice también las Sagradas Escrituras como fuente de argumentos en favor de su teoría:

Compruébase esta teoría con el estilo de la Sagrada Escritura en los libros del Antiguo Testamento, en los cuales no hay elipsis más frecuente que la omisión del verbo sustantivo⁷⁵.

Todo el razonamiento precedente pretende mostrar la inconsistencia de la defensa de la «teoría del verbo único» desde una perspectiva genética:

¿Cómo, pues, ha de ser base de todos los verbos el que fue posterior en su creación á la mayor parte de ellos, si no á todos?⁷⁶.

Pero Lista, sobre todo, lo que no admite es la polémica en sí. No está de acuerdo en que se opongan las dos teorías como antagónicas o alternativas. Defiende que cada definición está formulada desde una óptica formal distinta. Las dos son verdaderas con tal que se consideren desde ángulos distintos. Desde una perspectiva lógica, la doctrina de Arbolí es aceptable: los verbos de las lenguas que han alcanzado un alto nivel de perfeccionamiento incluyen la afirmación mental. Pero, si analizamos la génesis del lenguaje humano y nos referimos a las lenguas que se encuentran en un estado precario de evolución, también es admisible la teoría sensualista:

En nuestro entender esta disputa no procede sino de diverso aspecto, bajo el cual ha considerado cada uno de los contendientes esta materia. Si atendemos al origen y formación del lenguaje; si estudiamos el genio de los diferentes idiomas, es claro que ni existió al principio, ni es posi-

⁷⁴ *Ibidem.*

⁷⁵ *Ibidem.*

⁷⁶ *Ibidem.*

ble, generalmente hablando, la resolución de los verbos en el sustantivo y un adjetivo, participio ó gerundio. Pero si atendemos á la deducción filosófica de las ideas, es indudable y evidente aquella resolución⁷⁷.

Desde el punto de vista filosófico, Lista muestra su acuerdo con la teoría que defiende el doble significado del verbo, además de los valores que vienen expresados por los identificadores de voz, modo, tiempo, número y persona: uno, constante y común a todos los verbos, y otro el significado peculiar de cada verbo. Explica esta tesis a partir de un ejemplo:

Cuando dijésemos: *el sol ilumina la tierra*, no puede negarse que en la palabra *ilumina*, además de los accidentes gramaticales de voz, modo, tiempo, número y persona (que son indiferentes en esta cuestión) hay encerradas dos ideas: la primera es la de la existencia del sol, y la otra, la manera de existir el sol, que es *iluminando la tierra*.

Ambas, pues, son esenciales al verbo. Sin la segunda no hay acción, pasión ni propiedad atribuida al sol: sin la primera no hay afirmación. Usemos si no del gerundio ó del verbal que representan meramente la acción. Digamos: *el sol iluminador de la tierra*, ó *el sol iluminando la tierra*, y quedará el sentido incompleto, porque nada hasta ahora se ha afirmado del sol⁷⁸.

Lista distingue dos niveles de análisis: el gramatical y el filosófico. Acepta que el análisis gramatical no posea capacidad para separar siempre los dos valores verbales; pero siempre se podrá recurrir al análisis filosófico:

Enhorabuena, pues, se nieguen los idiomas á admitir esta descomposición: enhorabuena sea mal dicho *el sol es iluminante la tierra*, ó *el sol es iluminando la tierra*: enhorabuena las frases *el sol es iluminador de la tierra*, *el sol está iluminando la tierra* signifiquen en ciertos casos una cosa diferente de la que indica la oración que nos ha servido de ejemplo. No por eso deja de ser cierta la existencia de las dos ideas. Es, pues, cierta en filosofía la opinión del verbo único. Decimos en filosofía, esto es; en el análisis de las ideas que contiene todo verbo⁷⁹.

Según Lista, el verbo, núcleo de la oración, con independencia de sus contenidos semánticos, es el elemento portador del juicio que expresa la oración:

⁷⁷ *Ibidem.*

⁷⁸ *Ibidem.*

⁷⁹ *Ibidem.*

Toda oración es la expresión de un juicio, es decir, de aquel acto del entendimiento por el cual concebimos que una idea está incluida en otra. En esta parte las ideas de acción son lo mismo que las de pasión ó de propiedad; de todas puede afirmarse ó negarse que esten incluidas en la del sugeto. Una misma es la esencia de los juicios espresados en estas dos proposiciones: *el sol es centro de los movimientos planetarios, el sol ilumina la tierra*, aunque la primera sea, como dicen los gramáticos, oración de verbo sustantivo, y la segunda de verbo activo. ¿Por qué? porque el verbo activo encierra necesariamente en su idea la del verbo sustantivo ⁸⁰.

El mismo razonamiento aplica a la voz pasiva, en las lenguas que tienen formas específicas, como en las que la expresan por medio de las formas compuestas. Las diferencias a «nivel superficial» en nada contradicen la afirmación racional, implícita en todas las formas:

Lo mismo podemos decir del verbo pasivo. Aun en los idiomas que tienen voz pasiva puede descomponerse el verbo en cuanto á las ideas; y en los que no tienen aquella voz se descompone también en cuanto á la expresión: *Manlio fue precipitado de la roca Tarpeya*, representa verdaderamente la pasión de Manlio. Los enemigos del verbo único no lo quieren así, y dicen que el participio *precipitado* no denota acción ni pasión, sino el estado en que quedó aquel héroe después de su suplicio, y comprueban su dictámen en el nombre del participio de pretérito que se ha dado á los pasivos, por cuanto se refieren siempre á una acción anterior. Sea así; pero tampoco nos negaran que por la figura metonimia es fácil tomar el efecto por la causa, y espresar con la voz que significa el estado, la misma acción que sufrió y que produjo aquel estado ⁸¹.

Lista, por lo tanto, muestra su preferencia por la consideración funcional sobre la formalista:

Así vemos que la lengua latina, en la cual hay tiempos que tienen pasiva y tiempos que no, da á unos y á otros el mismo régimen. Tan de pasiva es esta oración, *dux a militibus interfectus est*, como esta, *dux a militibus interficitur*. Una misma es la construcción de una y otra, y en castellano son sinónimas estas dos frases: *el general fue muerto por los soldados* y *los soldados mataron al general*. Si el participio *muerto* solo representa un estado y no una acción sufrida, ¿cómo se le da el régimen *por los soldados*? Los verbos que solo representan una situación como

⁸⁰ *Ibidem.*

⁸¹ *Ibidem.*

amanecer, estar, crecer, vivir, morir, envejecer y otros muchos, no admiten régimen sino figuradamente ⁸².

Lista advierte cómo el fenómeno de la lexicalización, proceso constante en todas las lenguas, de igual manera que explica los cambios de significados a partir de usos inicialmente figurados, puede justificar el actual valor pasivo de los participios:

Es muy comun en las lenguas hacerse propias por el uso las espresiones que se introdujeron en virtud de alguna traslacion ó de otra figura. Sirva de ejemplo las voces que representan las operaciones del alma, introducida primero metafóricamente, y despues han llegado á ser tan propias, que el lenguaje no las admite ya en su primitiva significacion. ¿Quién llama en el día discurso al acto de correr de una parte á otra, ni reflexion, como no sea en física, al rechazo de los cuerpos elásticos? Los participios pasivos que empezaron significando una situación, han llegado, pues, á representar muy propiamente una pasion ⁸³.

Tras la reflexión anterior, Lista llega a la conclusión de que la afirmación existencial está incluida en toda forma verbal y de que un análisis lógico en profundidad demuestra que en el estado actual de las lenguas sólo existe un verbo único, componente esencial de todos los demás. Su formulación es categórica:

Es innegable, pues, que la idea de la existencia entra en la composición de todos los verbos activos ó pasivos, y que ideológicamente hablando, *no hay mas que un verbo*, siendo los otros compuestos de este verbo y de un adjetivo, puédase ó no hacer esta descomposición en los idiomas ⁸⁴.

V. CONCLUSIÓN

La exposición anterior muestra la influencia determinante que tienen las doctrinas filosóficas —y, por supuesto, teológicas— sobre la formulación de los conceptos fundamentales de la lingüística.

La aceptación previa de una teoría filosófica conduce a la elaboración de un modelo peculiar de gramática.

⁸² *Ibidem.*

⁸³ *Ibidem.*

⁸⁴ *Ibidem.*

Las nociones de sustantivo, adjetivo, verbo, etc., pueden depender de los principios filosóficos que les sirven de referencias; y, finalmente, algunas de las definiciones modernas que se presentan como inéditas y originales tienen sus precedentes en gramáticas españolas, muchas de las cuales han quedado olvidadas.

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GUERRERO